
Reflexiones postelectorales: posibilidades, desafíos y límites del movimiento feminista

Ximena Bedregal.

Si reflexionamos sobre el proceso electoral vivido a partir de las cifras y resultados numéricos podemos caer en un desaliento que no responde a la complejidad de los logros y límites de lo vivido y, si centramos el análisis sólo en las dinámicas de lo electoral y en el modo organizativo de enfrentarlas con mejor suerte en el futuro estaríamos evitando mirar los elementos centrales que han jugado en este proceso.

En términos globales los resultados de la Convención de Mujeres por la Democracia son positivos, se logró un importante impacto político, se obligó a algunos partidos a negociar con las mujeres y a reconocerlas como sector social, se influyó para que otros sectores de mujeres reconocieran su marginalidad en las cuotas partidarias y finalmente, y con independencia de los resultados, creo que se ha abierto una posibilidad de coordinación para posibles proyectos legislativos. A esos factores habrá que darles un seguimiento político.

Sin embargo para que esto sea posible creo que es necesario, y por demás oportuno, hacer un esfuerzo para desarrollar una mirada más histórica, de mayor autorreconocimiento y más crítica del movimiento y su devenir e intentar caracterizar algunos elementos del momento que vive el feminismo, porque el proceso electoral nos deja un verdadero espejo de su actual identidad.

Dos aspectos nos muestra la intervención feminista en las elecciones. El primero, es la necesidad ineludible de dar el salto de movimiento social a movimiento político y que hay fuerzas que, más allá de la voluntad o claridad colectiva, se mueven en esa dirección y el segundo son los muchos límites y nudos que tenemos para lograrlo: nuestras debilidades y carencias históricas.

Es prudente recordar dos cosas: que a la Convención de Mujeres por la Democracia no la convoca el feminismo, sino un sector del

movimiento amplio de mujeres al cual se suman los otros sectores y algunas feministas con o sin partido —las feministas independientes son apenas un pequeño grupo en ella— y que esa convocatoria tiene en su interior distintos intereses particulares, unidos por sólo un discurso “la necesidad de una mayor representatividad de las mujeres”. De ahí que los contenidos programáticos se dejen a la iniciativa de cada representación.

Ante esto, el feminismo no tiene una respuesta clara y sería casi imposible que la tuviera si nos preguntamos de qué hablamos cuando decimos *el* feminismo. Es decir, lo que se visualiza es nuestra gran diversidad, reconocida discursivamente en toda ocasión posible, pero absolutamente etérea en la realidad. Se trata de una diversidad no explicitada, donde las particularidades se esfuman, las diferencias se esconden, las contradicciones se disimulan y donde se funciona con una suerte de fantasía de igualdad en pensamientos, objetivos, métodos y acciones.

La máxima expresión de esta realidad fue el intento de elaborar un documento electoral de la Coordinadora Feminista, lo que no se logra porque todo el mundo intenta volcar absolutamente todas sus fantasías y experiencias de 15 años y su sentimiento de “lo que debe ser” el feminismo, haciendo de un documento electoral básico un ritual de deseos conceptuales no realizados y de incomunicación e imposibilidad.

El impulso para que la Coordinadora Feminista participe en el proceso viene de un grupo pequeño que intuye más o menos concientemente el desafío estratégico o su importancia y que con mas voluntarismo que realidad, lo decide asumir; pero el feminismo en general, esa diversidad de feministas del movimiento, y aún de la Coordinadora, está ausente.

Unas se incorporan casi obligadas por no quedarse fuera de la jugada, pero sin mayor aporte; otras —las mas jóvenes y/o nuevas— se incorporan porque encuentran una coyuntura que canaliza su deseo de hacer “algo”; y otras se acercan con colaboraciones puntuales. Pero la gran mayoría está ausente y nadie sabe lo que piensan y lo que quieren, por lo cual no se logra un cuerpo de participación y de creación que permita realizar y representar una propuesta propia, o varias, pero tangibles.

Esto nos habla de una diversidad que se ha vuelto crítica, no en tanto diversidad, ya que representa un potencial de representatividad muy amplio y rico, sino en la medida en que no hay reconocimiento

de sus partes. No hay diferenciación explícita de los diferentes puntos de vista, concepciones, estrategias. No hay diálogo e intercambio entre ellas. No hay reconocimiento de prácticas, experiencias e historias. Todo esto lleva a eludir el debate de construcción y a imposibilitar la comunicación que permita acuerdos reales y concretos.

Realidad que paraliza y permite manejos soslayados de cada una de las partes que no se traducen en propuestas con capacidad de construir, desde esa diversidad, una (o varias) identidad política. Parece que apelamos a la diferencia, pero como en realidad no sabemos como hacerla caber, la disimulamos.

La falta de re-conocimiento propio y ajeno (que en la construcción constante de la identidad son un mismo proceso) también se expresó con los otros sectores sociales y políticos.

Con los diferentes sectores del movimiento amplio de mujeres se tiene una década, o casi, de colaboración y creación pero también de conflictos, divergencias y luchas que marcan y acotan el perfil de la alianza o de la relación o como quiera llamársele.

Ha sido una larga interacción que haría pensar que se han construido las bases de un código mínimo común para una alianza de fuerzas en función de las mujeres; sin embargo, la actuación de estos sectores vuelve a debilitar ya no al movimiento feminista, sino a la posibilidad de arrancarle conjuntamente espacios a los interlocutores que el proceso electoral definían. Cada grupo prioriza su interés personal o sectorial por sobre la experiencia particular sin que el feminismo (como cuerpo conceptual transmitido) logre echar a funcionar ese código común.

No es muy diferente, aunque creo que más grave, la forma de relación con los partidos políticos. Gran parte de las feministas del movimiento activo de hoy vienen de haber vivido una amplia experiencia de militancia en esos espacios. Sin embargo no se logra hacer una caracterización, ya no digamos política o histórica, sino tan sólo de recuperación, como feministas, de la memoria individual de esas experiencias y conocimientos.

Esto nos llevó a entraparnos en sus discursos de solidaridad, apoyo y comprensión feminista, como en el caso del PRT, aceptándoles sin confrontaciones su manejo clientelar de las aliadas y hasta del dinero, e inclusive, los intentos divisionistas con el manejo preferencial e individual de algunas componentes de la Coordinadora o, en un amorfo deseo de “no hacerle más ruido a la alternativa democrática más viable”,

respetando sus propias dinámicas internas y las decisiones de sus militantes mujeres, como en el caso del PRD.

La pregunta es: ¿cómo debe enfrentarse el feminismo a los partidos políticos desde su propia experiencia global y la de sus militantes?, y es un aspecto de la politización de lo personal y de lo acumulado como experiencia. Pero seguirá sin tener respuesta mientras no re-conozcamos y explicitemos nuestra propia historia.

En general pareciera que somos un movimiento que juega con la memoria del olvido, con poca asimilación de su propia historia, donde siempre se comienza de cero como si no existieran experiencias que crean acumulación y crecimiento de los conocimientos.

Ligando este aspecto de la dificultad para la acumulación con los límites y posibilidades de negociaciones y alianzas —aspecto importante para entrar en la política pública formal— creo que un elemento más para pensar es la no negociación con el PRI. Aquí veo dos aspectos, por un lado el que tiene que ver con las expectativas individuales de muchas de las componentes de la Convención, limitada a la acumulación de fuerza para la negociación con su propio partido, en función de su personal lugar en las candidaturas y el otro referido a las feministas independientes que dejaron pasar por alto la posibilidad de fortalecer puentes de negociación, sin clarificar la función que podría cumplir para las actuales y futuras demandas movimiento.

Aunque está ligada a esta diversidad no reconocida, también tiene que ver con el concepto de autonomía que el movimiento viene manejando: más marginal que de incidencia, más temeroso de la cooptación que deseoso de influir, más de denuncia que propositivo. Aspectos que hoy, en el marco de las políticas de gobierno hacia las mujeres, es más urgente que nunca revisar.

En esta década, el feminismo —desde precisamente su diversidad— ha tendido una variedad de puentes, no solamente hacia otros movimientos sociales de la sociedad civil sino también hacia el Estado y éste en su búsqueda de nuevos consensos ha retomado algunos elementos de nuestras demandas e incluso está planteando otras nuevas.

Quienes han asumido los proyectos estatales o se han venido involucrando en ellos de diferentes maneras, lo han hecho más como una alternativa de trabajo desde donde se puede influir sin invertir tanta energía para su construcción, que por tener una perspectiva clara de esa posible y mutua influencia y menos con un respaldo político

del movimiento. Son espacios que se seguirán abriendo y donde poco hemos podido proponer.

El que algunas de las viejas demandas feministas se hayan transformado en problemáticas de debate socialmente abiertas (aborto, violencia) y hasta de interés de la política pública formal, no sólo abre la posibilidad de nuevas interlocuciones con mujeres de diferentes opciones partidarias, sino también obliga a alianzas puntuales en función de su realización. Sin embargo poco hemos analizado sobre la opinión y posible actuación de quienes pueden intervenir y, menos estudiado tenemos este aspecto en relación a anteriores fracasos o debilidades que impidieron la consecución de objetivos.

Finalmente, hay otro elemento que nos muestra este proceso electoral, y que me parece central, es el referido a la pobreza y contradicciones de los discursos, propuestas que tiene el feminismo y los contenidos en relación a la construcción y profundización de la democracia.

Tal vez este tema fue uno de los más sentidos durante toda la campaña y el único que, aunque sin desmenuzarlo ni profundizarlo, provocó un incipiente dialogo en el foro organizado por la Coordinadora Feminista en el acto del bar Bugambilia.

Creo que la única etapa rica en creación de conocimientos, de teoría y reflexión fue la segunda mitad de los años setenta, en que se abre el abanico de propuestas que hasta hoy manejamos. El trabajo de los años ochenta fue más bien de repetición y difusión ideológica de estos aspectos básicos, centrada además en sólo ciertos sectores sociales —los populares— y simplificados por el método de la educación popular.

Si bien es cierto que este trabajo ha conseguido la aceptación social sobre la condición de la mujer, una relativa visualización de sus expresiones, lógicas y causas, incipientes pero importantes cambios en la normatividad legal y un cúmulo, no sistematizado, de transformaciones en muchas conciencias y autoestimas individuales, es también cierto que su método de despliegue tuvo que ver más con las lógicas de la izquierda que con la creación de un estilo propio de hacer política, lo cual ha impedido no sólo la creación de nuevos conocimientos, sino también la sistematización de la rica experiencia vivida.

Una valoración de lo cuantitativo y su relación con las clases sociales “estratégicas”, ha logrado volcar la mirada de muchos otros

movimientos populares a la cuestión de la mujer y crear el llamado movimiento amplio de mujeres como nuevo escenario de acción, pero también ha encerrado al feminismo en una lógica de la generalización, la denuncia y la difusión ideológica, lo que le está limitando su carácter propositivo y debilitando su contenido subversivo.

La dinámica de ese activismo ha impedido desagregar el conflicto general de "la condición social de la mujer" en todos aquellos elementos que corresponden a las situaciones específicas en que se plasma esa condición general: "las situaciones sociales de las mujeres". Conceptualizar esas prácticas, definir las lógicas particulares que hacen que ya no se pueda hablar de la mujer sino de las mujeres específicas, conocer los diferentes significados colectivos que construyen identidades femeninas diversas, relacionar las vidas cotidianas con sus contextos y ámbitos concretos de circulación y permisibilidad patriarcal, lleva a crear una multiplicidad de discursos y de alternativas donde las mujeres específicas se lean e identifiquen.

En esta medida podremos estructurar una visión diferente de sociedad y de democracia y generar discursos que, siendo subversivos, sean a la vez capaces de interpretar deseos y proyectar necesidades.

Más allá de los espacios institucionales del movimiento, ¿qué nuevos espacios y alternativas hemos creado para los diferentes sectores de mujeres?, ¿qué proyectos o alternativas tenemos para las jóvenes o para las viejas, o para las mujeres de las capas medias inconformes con su situación cotidiana?, ¿qué nuevos modelos simbólicos, qué nuevos imaginarios sociales hemos transmitido a través de miles de talleres sobre "condición social de la mujer", "sexualidad", "violencia" etc.?, ¿son hoy por hoy los ejes de violencia y maternidad voluntaria los que nos pueden permitir más ricas lecturas de la realidad?

Además de hacer conciencia sobre las causas de los aspectos negativos de la vida cotidiana, ¿de qué modos específicos se están desarticulando las estructuras sociales patriarcales? Decir que no ha producido cambios sería negar la relación entre "textura celular" y procesos macrosociales, pero pensar que es el único camino es negarle al feminismo su capacidad de transformarse en propuesta social global; en todo caso son aspectos que no hemos sistematizado ni reflexionado y que son fundamentales para la creación de discursos y propuestas.

En este sentido, además de la necesidad de dar el salto de movimiento social a movimiento político, el proceso electoral vivido nos

muestra la necesidad de avanzar en la transformación de movimiento contestatario y de denuncia a un movimiento cultural y propositivo, lo cual implica ampliar la perspectiva de nuestra mirada hacia nuevos espacios, hacia diferentes lógicas que lean la realidad con mayor riqueza, hacia la apropiación de nuevos escenarios de acción y hacia la definición de nuevas articulaciones para la interlocución.

Creo que es necesario impulsar una nueva unidad entre teoría y práctica, revisar las lógicas desde las cuales estamos haciendo política y re-pensar nuestras experiencias en voz alta y por escrito.